

## PRESENTACIÓN

*Ganas tenía de contar cosas a tumba abierta, despojadas de tapujos, de eufemismos, de seudónimos. Mis cosas.* Desde el comienzo de la novela, la potente voz de Acilina se enseñorea de la palabra; ubicada en un difuso más allá, una suerte de no lugar, la narradora revuelve a su antojo en el estuche de su memoria, llevando al lector por distintos parajes y tiempos, recuperando imágenes e historias y opinando sobre lo pasado, lo presente y hasta sobre lo por venir.

Acilina gobierna con tanta libertad sus reinos tristes como su narración. Su soliloquio, que no derrapa hacia el fluir de la conciencia, copa el espacio narrativo hilvanando los fragmentos con canciones populares e infantiles, en un ejercicio de explicación de sí misma que, como la mayoría de la literatura en forma autobiográfica, posibilita una indagación del yo que tiene bastante de voluntad de ajuste de cuentas con el pasado, mucho de legado e incluso algo de catártico.

Decidida a contar, a contarse y a contárnoslo todo a pesar de todo, con la impunidad y el descaro de quien se sabe al margen del mundo y sabedora del carácter de verdad que reconocemos a la palabra de los moribundos y los difuntos, su monólogo fragmentario termina perfilando todas las mujeres que fue esa Acilina que tenía ganas de contarnos cosas *a tumba abierta*: la moribunda en la cama de un hospital atestada de morfina; la enferma de cáncer con la quimio surcándole las venas; la mujer trabajadora, siempre apremiada por la necesidad, viviendo de prestado, madrugando mientras la ciudad se despereza, bregando por la vida; la maltratada, preocupada sobre todo de proteger a sus hijos; la enamorada de un primer marido que se llevó la mina; la hija del fusilado en el penal de Burgos; la que cree que su madre no la quiso; y, sobre todo, la madre de *los suyos*, José Manuel, Begoña, Fredín y Rosa, a quienes cuenta su historia y hace legatarios

de sus reinos, una especie de memorias que son las suyas, pero también retazo de las de un tiempo y un país.

Aunque Acilina habla contra el olvido y buena parte de su decir se centra en un pasado imperfecto, que no se ha tornado arcádico ni con el paso de los años, también escudriña y juzga el presente; disuelto el tiempo y las fronteras entre el aquí y el más allá, Acilina habita a su manera en este presente, en que maneja amplias atribuciones: atisba el ajeteo de la ciudad, lee la prensa digital y los sermones del arzobispo de Oviedo, observa al mendigo a la puerta del Día, asiste a la muerte de un portuario, participa de las preocupaciones familiares, conoce los desencuentros de sus hijos, les aconseja en sus afanes e incluso interviene en sus vidas, porque, como bien dice ella misma, *por algo soy un espíritu incontrolado y omnipresente*.

Si hay novelas que al final son un lugar, una imagen, un personaje, un conflicto, esta novela es una voz. Una voz verosímil que resuena y perdura en el lector con la fuerza con que siguen hablándonos las voces de nuestros muertos; una voz que es tan eficaz que a veces puede hacernos olvidar al verdadero autor; un autor que se empeña en ocultarse, al que su creación llama *José Manuel, vulgar amanuense al servicio de mis revoltosos dictados*, y que incluso en el epílogo quiere hacerse pasar por mero *copista entrometido* de un relato por entregas fruto de la caprichosa memoria de su madre, pero que es el silencioso y hábil hacedor que selecciona y ordena supuestos recuerdos y pensamientos en un relato que no deja de ser la ofrenda con que José Manuel Sariego cumple el mandato de Acilina: *veneradme como merezco, como a vuestra única e inmortal reina*.

ELENA DE LORENZO ÁLVAREZ